



**VISITAS:**

Martes a Sábado 9:00 A.M. - 12:00 M.  
1:00 P.M. - 2:30 P.M.  
(Incluyendo días feriados)

CITAS PARA GRUPOS  
Teléfono: 755-7979

**Luis Muñoz Marín**

**LUIS MUÑOZ MARIN:**

**DOS VISIONES**

**UNIVERSITARIAS**



*Encarnaban en Don Luis Muñoz Marín las más altas virtudes: compasión humana, desinterés de lucro personal, dedicación a las causas nobles y una innata y profunda honradez. Estas virtudes han sido y deben seguir siendo motivo de inspiración para todos los puertorriqueños.*

*Al morir, Don Luis deja, a través de sus ejecutorias, ejemplos de lo que son y deben de ser los verdaderos valores para todos los puertorriqueños --independientemente de consideraciones políticas.*

*La Fundación Luis Muñoz Marín fue creada con el fin de preservar, difundir y fortalecer estos valores, de tal suerte que los puertorriqueños de hoy y del mañana, podamos gozar de una sana y justa convivencia social; como se logró bajo su liderato y su inspiración.*

*La Fundación Luis Muñoz Marín se propone llevar a cabo esta tarea auspiciando una serie de proyectos y actividades educativas --concebidas y ejecutadas en un contexto no político-- que propendan a destacar el pensamiento de Don Luis Muñoz Marín como lo que fue: ejemplo de virtud ciudadana para todos los puertorriqueños.*

#### NOTA

Nuevas perspectivas, posibles según Luis Muñoz Marín se aleja en el tiempo, permiten descubrir las facetas de su obra y personalidad que tienen vigencia permanente. Este folleto recoge dos visiones universitarias de esa vida dedicada con firmeza de propósito y generosidad de espíritu a las causas nobles y justas de su pueblo.

Luis E. Agrait  
Director Ejecutivo

## LA INCONFORMIDAD, EL RESPETO Y LA IMAGINACION DE LUIS MUÑOZ MARIN

Por Fernando Picó

La dignidad de la vocación política nunca está más en evidencia que cuando un pueblo, sumido en problemas y angustiado por sus necesidades, le confía a unos hombres y a unas mujeres su representación. La esperanza de cientos de miles de puertorriqueños se ha encarnado en cientos de representantes y senadores que en estos cuerpos legislativos se han desvivido por enunciar las fórmulas más adecuadas para el bienestar, la justicia y la sana convivencia de este pueblo.

Hoy el Senado honra el natalicio de uno de estos portavoces de la esperanza del pueblo de Puerto Rico. Nuestro país ha sido afortunado en el hecho de que generación tras generación ha identificado y seleccionado personas, ilustres por su dedicación, inmovibles en sus principios, imaginativos y perspicaces en el diseño de respuestas a nuestros problemas, para servir como sus legisladores. Y estas personas han correspondido a la confianza y al cariño de sus conciudadanos consagrando las mejores horas de sus vidas a la deliberación de los asuntos públicos. Antonio R. Barceló, Santiago Iglesias, Rafael Martínez Nadal, Samuel Quiñones, Ernesto Ramos Antonini, Vicente Géigel Polanco, Gilberto Concepción de Gracia, Arcilio Alvarado, Aguedo Mojica, Víctor Gutierrez Franqui, María Libertad Gómez, Leopoldo Figueroa, Prudencio Rivera Martínez, Eugenio Font Suárez y muchos otros estudiaron, consultaron, deliberaron, debatieron y decidieron en este capitolio la dirección que debía preferir el país en las muchas y espinosas cuestiones que se les presentaron. Dieron ejemplo de trabajo duro, estudio serio, dedicación constante e imaginación.

Luis Muñoz Marín, cuyo natalicio observamos hoy, compartió en este Senado de esos afanes. Electo senador en 1932, en 1940 y en 1944, en repetidas ocasiones imprimió el sello de su inteligencia sobre los proyectos de ley bajo consideración, de los que inició no pocos. La obra de Muñoz Marín como legislador sería suficiente motivo para esta conmemoración; su obra como gobernador electo de muchas maneras es la continuación y la culminación de su trabajo como legislador.

La obra política de Muñoz tiene muchas face-

tas; la época en que vivió fue dura y compleja, y él dirigió su atención y su creatividad a todas las áreas en que urgía reconsiderar las prioridades públicas. Por eso no podemos detenernos aquí a examinar la totalidad de su gestión, sino aquellos aspectos de ella que hoy están más directamente vinculados con la agenda del país.

Muñoz Marín nunca tuvo una fórmula mágica para resolver dilemas; ninguna iluminación privilegiada sustituyó el tesón del trabajo, la persistencia de la indagación, la consulta insistente a sus colaboradores, el contacto directo con las realidades sociales que buscaba enmendar. Cuando acudimos a su legado espiritual, más que las soluciones que adoptó para las urgencias de una coyuntura histórica particular, buscamos las herramientas que utilizó para plantear los problemas que merecían y merecen la atención del pueblo de Puerto Rico.

La manera en que se definen los problemas encierra ya los elementos de las soluciones que se visualizan. Si definimos los problemas de nuestra sociedad como falta de organización administrativa, pobres relaciones públicas, insuficiencia de capital importado, rezago tecnológico o peso de la criminalidad, las soluciones vendrán ya hechas por igualeros de ocasión, acomodadas al paladar de la opinión pública del momento, para ser consumidas al instante con aditivos presupuestarios y condimentos publicitarios. Los problemas así definidos excluyen al pueblo; las soluciones así obtenidas tampoco contarán con su adhesión y su participación.

La primera lección que nos puede dar Luis Muñoz Marín es la de cómo definir los problemas de prioridad pública. "Una forma de demagogia frente a problemas que requieren soluciones difíciles de hacer y entender," dijo en Barranquitas en 1951, "es proponer soluciones fáciles, fáciles de entender, fáciles de intentar, pero que en ninguna forma podrían resolver lo que es necesario resolver. Otra forma de demagogia es estar pendiente de que no se cambie nunca; de que lo que empezó de una manera continúe de esa manera aunque pueda llevar al desastre. . . En la vida colectiva la fidelidad al propio error es traición a la necesidad del pueblo. . . Los que cambian a lo que ven más claro para lograr fines generosos, esos son los puros de corazón."

Muñoz Marín no esbozaba los problemas par-

tiendo de la dificultad de administrar los programas gubernamentales. Los articulaba desde la perspectiva de la gente sufriendo y luchadora cuya causa había enarbolado y a quienes había enlistado en una gran cruzada por mejorar las condiciones de vida y de trabajo de todos los puertorriqueños. Miraba con los ojos de su gente la maraña de las desigualdades sociales y la cínica esfinge de la injusticia institucionalizada. Llevaba a su tarea de identificar los males ese don tan parcamente concedido a los sectores dirigentes de las sociedades estancadas, el don de la indignación. ¿Cómo afecta este asunto a la gente? ¿Cómo incide en su vida diaria? ¿Qué hace el pueblo ante esta calamidad? ¿Qué dice la sabiduría popular sobre estas cosas?

#### LA INCONFORMIDAD DE MUÑOZ

Para Muñoz los conflictos sociales reflejaban las injusticias económicas, pero el remedio de éstas no bastaba para la solución de aquellos. No cayó en la ingenua trampa de atribuir todo el peso de la adversidad a las estructuras de la economía de monocultivos, y conocía perfectamente el costo social del tránsito a una sociedad industrializada. Prefirió definir como riesgo y como aventura lo que la racionalidad contabilizante se hubiera contentado con describir como el precio del progreso.

Muñoz partía siempre de la premisa de que no se había hecho suficiente. Fue el eterno inconforme. Anunciaba un logro sólo para proponer nuevas metas. Así en 1962, después de resumir los principales éxitos del último año, le expresaba a la Legislatura: "Todo lo anteriormente señalado denota el progreso alcanzado por nuestro país y el esfuerzo por contribuir al desenvolvimiento democrático de otros pueblos. Constituye índice de mejoramiento en la vida de los puertorriqueños. Justifica que sintamos orgullo. No justifica, sin embargo, que sintamos satisfacción, ni mucho menos complacencia."

No podía declararse conforme mientras el sistema de doble matrícula en las escuelas apenas alcanzaba a escolarizar la mayoría de la población rural por tres horas diarias. Consideró un derecho el que todo joven con talento tuviera acceso a una educación universitaria. Profesó la convicción de que toda familia debía poseer una vivienda adecuada. Se propuso el que no existieran más comunidades aisladas y el que la luz eléctrica y el agua corriente dejaran de ser privi-

legios. Para Muñoz el que un sector del pueblo careciera de algún elemento necesario para vivir dignamente constituía un problema a resolverse. Estimaba que si el propio Estado Libre Asociado no se desarrollaba jurídicamente, entraría en crisis: "Una manera de asegurar que no ha de ser permanente es dejándolo estático, sin crecer, sin ahondarse, sin mejorarse...mientras más se quiera la permanencia, que más se reconozca el deber de pensar y propiciar el crecimiento."

Hoy persisten algunas de las antiguas carencias y hay otras que tocan con mayor insistencia a nuestras conciencias. Pero es curioso ver como la inconformidad con los males sociales ha venido a ser objeto de reprobación. Cuando las comunidades se organizan para denunciar en marcha, piquete o protesta el deterioro de una escuela, la contaminación del agua potable, o la falta de algún servicio público aparece la policía antes que el administrador responsable, y el editorialista reclama paciencia aun antes de que el gobernante admita estar enterado del asunto. Los sectores dirigentes, que rara vez tienen que valerse personalmente de los servicios públicos, han desarrollado un discurso paternalista para referirse a las reivindicaciones sociales. En nombre de la planificación comprensiva o de los "trámites correspondientes" se apresuran a taponar la boca al pueblo que reclama igualdad. La inconformidad, en ese hablar paternalista, adquiere ribetes de subversión y tachas de falta de gratitud. Inquieta a estos sectores el que surjan nuevas voces, voces de los residenciales, los barrios, las barriadas y aún de las cárceles, que reclamen como derechos lo que se había pretendido brindar como mercedes. No se contempla seriamente el que las comunidades se organicen y trabajen en la solución de sus propios problemas. Por todos lados se propone conformidad y subordinación, y a veces se persiguen como delincuentes o se estigmatizan como rebeldes a quienes alientan la justa demanda de valerse por si mismos.

¿Qué hubiera dicho, que hubiera hecho Muñoz ante ese pueblo que por todos lados se inquieta por la inacción y la conformidad de los que han encontrado su nicho en una burocracia o en algún escalafón del poder? Tenemos una pista en aquellas palabras suyas con las que exhortó a votar por la Constituyente en 1951: "Un pueblo no debe delegar sus decisiones fundamentales ni aún en los hombres que le merezcan mayor y más honda confianza. En nadie debe confiar un pueblo más que en si mismo." Y tenemos otro

indicio de su sentir en sus palabras a la Legislatura en 1960: "La justicia en Puerto Rico es lenta. La justicia lenta, ya se ha dicho, no tiene la calidad integral de la justicia."

#### EL RESPETO DE MUÑOZ

Pero precisamente porque Muñoz creía en que no se debía escatimar esfuerzos en garantizar la dignidad de las personas y la igualdad de sus derechos, era firme creyente también en el respeto a la discrepancia y en la necesidad de fomentar el consensus en la toma de decisiones de política pública. Así, en la sesión inaugural de la Convención Constituyente, manifestaba: "La discrepancia de criterio es también creadora. El pueblo de Puerto Rico tiene que ser amigo de si mismo a través de los hombres que, representándolo, chocan libremente en sus ideas. Creo que a ninguno de nosotros, ni en esta Convención Constituyente, ni en ninguno otro foro al que conduzcan los votos del pueblo, el pueblo ha encomendado hacer difícil la vida amiga dentro de la noble discrepancia. Todos en ocasión en algo hemos fallado a esta encomienda. Formemos voluntad hoy de no fallarle. Que el debate aquí y fuera de aquí sea tan hondo, pero más hondo, que el respeto que todos le debemos al pueblo de Puerto Rico."

En repetidas ocasiones recaló el respeto debido a las minorías y la necesidad de incorporar las ideas y las energías de los que no suscribían el mismo ideario político. Aunque combatió la estadidad y postergó la independencia, siempre reconoció la dignidad de ambas fórmulas constitucionales.

También Muñoz extendió su respeto a la gente sencilla, cuyas percepciones, ansiedades y aspiraciones trató de interpretar. Así el 17 de julio de 1952, al indicar los logros obtenidos en su primer término en la gobernación, añadía: "Y hay por debajo y por encima de todo eso, algo que no requiere tiempo sino espíritu: el respeto a la gente sencilla, el sentido de esencial igualdad en la dignidad de los seres humanos."

Ese respeto representaba el esfuerzo de una mente cultivada y un espíritu inquieto por apreciar los matices y entender las complejidades de la mentalidad campesina. No era fácil. No siempre acertó. No siempre anticipó la suspicacia o desarmó la mistificación. Pero sostuvo el ideal de una sabiduría popular cuyo fallo inapelable merecía el mayor de los respetos.

Esa sabiduría era para Muñoz insustituible por la escolarización. Aspiraba a ver ambas combinarse, sabiduría popular y conocimiento escolástico, como bases conjuntas de una convivencia cívica nueva.

En nuestros días el problema del respeto al pueblo se plantea de manera diferente. Muchas veces los representantes de las agencias públicas y de las instituciones privadas manifiestan su decepción en no poder llegar a los jóvenes y a los residentes de zonas consideradas problemáticas. Tantos programas de mejoramiento urbano y de asistencia cívica se topan con la indiferencia y a veces con la hostilidad de los sectores que pretenden ayudar. ¿Por qué funcionan tan limitadamente? ¿No será acaso porque siempre corresponden a las percepciones y a las prioridades de los que no han sabido ser convecinos de sus compatriotas menos escolarizados? Unas consignas y unos programas que vienen de arriba hacia abajo; que consagran valores ajenos a los del pueblo; que conllevan condescendencia y paternalismo; que hacen sentir a mucha gente como si fueran menos y a alguna gente como si fueran más. ¿No milita todo esto contra esa sana y vigorosa conciencia de pueblo que se pretende manipular? Van con sus encuestas y sus cuestionarios los emisarios planchaditos de las secretarías y de las fundaciones a preguntar a la gente cual prefieren de las soluciones pre-empacadas a problemas de otras latitudes, y la gente contesta cortésmente, crípticamente; los emisarios tabulan sus encasillados; se hacen promedios, cómputos y publicaciones, pero la realidad está en otra parte.

Dime Quiqui, oye Toto, vengan Rumba, Mario, Puertorro, Corillo, Junito y Adán; díganme, ¿cómo se cambia esto? Esto está muerto, bróder, no hay ambiente, no hay chance, te piden papeles, te hablan enredao, bregan mal, ¿viste? Prometen, tu vuelves, no te conocen, te miran mal. Pasas por la urbanización y llaman los nenes pa'dentro. Si yo fuera gobernador, ¿viste? si yo fuera alcalde, le daría un *break* a todo el mundo; tu quieres trabajar pues toma, pega a poner bloques, pega a mezclar cemento. Yo hago de to'; lo que sea; lo que no quiero es pasar la vida debajo de un palo viendo lo mismo tos los días. ¿Y volver a la escuela? ¿Tú estás loco, compi? To el día allí encerrao, enzorrao, la maestra regaña que te regaña, como si fuera uno un pibe.

Qué buena cooperativa de jardineros pudieran

formar estos jóvenes, si tuvieran el pie inicial para organizarse y adquirir herramientas. Qué buen mecánico tu serías, Charlie, si hubiera taller que te admitiera como aprendiz. Tremendo vendedor tu serías, Raúl; y tu Iván, buen maestro, si tuvieras las credenciales. Cuanto talento esperando la señal que ponga las energías jóvenes del país en movimiento. Y con cuanto respeto hay que aproximarse a esta realidad, tan fácil de folclorizar, tan difícil de comprender. ¿Será posible que en las enseñanzas de Muñoz no encontremos pistas para convocar a una nueva generación a la esperanza?

## LA IMAGINACION DE MUÑOZ

"El corazón de quienes dirigen pueblos," dijo Muñoz en su mensaje anual a la Legislatura en 1951, "tiene que tener sensibilidad e imaginación. Con sensibilidad tan sólo no basta." Quizás la imaginación fue la más poderosa de las herramientas que Muñoz supo utilizar en su gestión pública. Supo proyectar visiones alternas del futuro. Hizo mapas diferentes de las posibilidades del país. Intuyó el potencial que cada colaborador podía aportar a su causa. Y hoy, en Puerto Rico, donde bulle tanta creatividad en las artes y en las letras, en la publicidad, en la recreación y en los ritos de convivencia, cuanta falta hace una mayor creatividad en el foro público

Necesitamos mirar nuestra realidad con los ojos ariscos del que visita por primera vez el patio ajeno. ¿Y es tan difícil suponer otras premisas para nuestra vida urbana? Una docencia distinta que estimule a los adolescentes de trece y catorce años a proseguir estudios y a desarrollar imágenes positivas de sí mismos. ¿Es tan pesada de dibujar? Un programa de verdadera rehabilitación, en el que los confinados tengan un papel activo y creativo en el diseño de sus talleres, cursos y actividades, ¿es tan arduo de esbozar? ¿Acaso se han agotado todas las posibilidades del cooperativismo? ¿No habrá modo de relacionar el cuidado de envejecientes dentro de sus propias comunidades al desarrollo de empleos a tarea parcial en esas comunidades? ¿Será posible que las infinitas oportunidades que abre el mundo de las computadoras no puedan generar carreras y profesiones que destranquen la carga cotidiana de nuestra burocracia? ¿No se pueden idear nuevos focos de interés y entretenimiento para el turismo que genera empleos? ¿No se pudieran establecer campamentos veraniegos de reforestación, en donde ade-

más de combatir la erosión y la extinción de especies madereras, se aprendan destrezas manuales y sociales? ¿Acaso se han agotado los usos posibles de las facilidades públicas existentes? ¿Se ha secado ese enorme manantial de proyectos cívicos que son asociaciones profesionales, los clubes, y las iglesias? ¿Se han explorado las alternativas de servicios voluntarios y se han aprovechado las destrezas y experiencias de tantas personas jubiladas que quisieran donar 5 ó 10 horas semanales a entrenar un cuerpo de paz criollo? Tanto talento, potencial de generosidad, tanto idealismo - - - ¿Y no se da con la palabra mágica que ponga en movimiento una brigada de buena voluntad que trabaje por la paz social del país?

Una movilización nacional de talento inerte, en la que barrio, residencial, urbanización, condominio y vecindario confundan sus energías, compartan sus ilusiones y entronquen sus habilidades, en donde se superen las diferencias partidistas y las suspicacias ideológicas - - - ¿está tan lejos de nuestro alcance?

La historia no la hacen los grandes hombres, pero son grandes aquellos que saben interpretar las aspiraciones de un pueblo y convocan a todos los que tienen voluntad y talento a la realización de esas aspiraciones. "A mi me ha sido dado", escribió el joven poeta Muñoz, "aventurarme en puntillas hasta el porvenir. / A mi me ha sido dado / Regresar en puntillas desde el porvenir." Tres décadas más tarde, siendo gobernador, describió el porvenir que intuía para los puertorriqueños:

Veo nuestro buen sentido de igualdad haciéndose mejor en la imagen que proyecta nuestro corazón, nuestro corazón de pueblo hacia la cumbre. Veo allí que habrá de aturdirnos más el cosechar sin cultivar que el cultivar sin cosechar. Veo, en fin, una cultura de trabajo, de serenidad, de generosidad modesta y buena en su vivienda, a gusto en sus quehaceres, resguardada en sus infortunios, abundante y sencilla en la mesa, alegre en la fiesta, sin pobreza y sin hábitos enloquecidos de consumo, apreciando al hombre por lo que le guste hacer más que por lo que se proponga acumular, honda en el respeto de Dios: libres así de vanos enredos para el espíritu.

Su vida fue el trasiego entre ese porvenir y el reto constante de un presente que con inconformi-

dad, respeto e imaginación luchó por transformar.  
No dejemos que su ejemplo sea infértil.

Senado de Puerto Rico  
18 de febrero de 1987

## PRESENCIA DE MUÑOZ EN EL RECUERDO

Por Margarita Benítez

A seis veloces años de su muerte y ochenta y ocho de su nacimiento, Muñoz Marín parece haberse convertido en parque, en calle, en edificio, en aeropuerto. Artistas y artesanos, ensayistas, cuentistas y poetas pretenden apresar en papel, barro o lienzo alguna de sus múltiples facetas. Muchos atesoramos los recuerdos, que el tiempo desdibuja y que la perspectiva individual matiza, de momentos de vida compartida, de vida iluminada por el perdurable fulgor de su existencia.

¿Y qué de aquellos que no lo conocieron, para los que el presente de Luis Muñoz Marín es el pasado de sus mayores? ¿Cuán vivo, cuán real, cuán presente está en su memoria Luis Muñoz Marín?

Para los más jóvenes, el primer gran encuentro con Luis Muñoz Marín se da cuando éste muere. Descubren entonces lo entrañable y potente que puede ser el vínculo entre un pueblo y un líder. La televisión divulgó las escenas de duelo en las calles, las espontaneas expresiones de afecto que orlaron de flores y de lágrimas las carreteras de Puerto Rico. Estas escenas de llanto general que la televisión llevaba a los hogares puertorriqueños habían tenido su primer escenario en el interior de esos mismos hogares. Resultaban vivencias inmediatas, impregnadas de emoción familiar.

Pocos días después de morir Muñoz, un grupo de estudiantes del Colegio Universitario de Cayey se dio a la tarea de buscarlo. El estrechamiento colectivo que vivieron de cerca en sus propias familias les había impresionado. Sentían que habían perdido algo, algo importante que les interesaba recuperar en alguna medida. Bajo el lema "Muñoz Marín en mi recuerdo" iniciaron la búsqueda. Comenzaron por preguntarles a sus padres y abuelos sobre sus recuerdos de Muñoz Marín. Luego acudieron a aquellos profesores que habían tenido algún tipo de trato con Muñoz. Reclamaban historias que no estuvieran en los libros de historia. Pretendían identificar el resorte que había provocado aquel estremecimiento colectivo que todavía no sabían explicarse pero que habían vivido. Pensaban que lo encontrarían en la intimidad del hombre, o en su leyenda de héroe vagabundo. Me uní a la empresa de los estudiantes y esto es algo de lo que en-



contramos.

Según preguntamos a nuestros mayores sobre sus recuerdos de Luis Muñoz Marín, se va revelando un espeso entramado de evocaciones emotivas. Unas anecdóticas, otras más íntimas, algunas en apariencia intrascendentes, muchas quizás más imaginativas que verídicas. "Mi abuela dice"; "Mi papá recuerda"; "A mi tío le contaron" las palabras de Muñoz al jíbaro y las del jíbaro a Muñoz cuando Muñoz pasaba por este o aquel barrio; el lugar en donde, cuando Muñoz venía de correr la montaña, se detenía a tomar café y conversar; la vez que Muñoz se tiró un discurso desde el balcón de la casa de mi abuelo; cuando Muñoz subió a pie hasta aquí para hablarle a la gente porque entonces no había carretera.

Nuestras preguntas reconstituían un rico mosaico de memorias individuales y colectivas que podrían resumirse en dos claves. Camino y palabra; palabra y camino. Por los caminos de Puerto Rico iba la palabra de Luis Muñoz Marín; palabra que fue abriendo esperanza de hallar el camino que dejara atrás las encerronas de la pobreza y de la ignorancia. Así lo vio también Luis Muñoz Marín cuando escribió muchos años antes de nosotros iniciar nuestra búsqueda: "Hubo veces en que Puerto Rico aparecía ante mis ojos en aquella época como una interminable vereda entre montes y vegas y caras adoloridas. La vereda fue mi casa y mi camino; y el dolor y el afecto humano mi compañía; y entre el dolor y el afecto, como una tenue semilla, la esperanza."

Son innumerables las asociaciones literarias, bíblicas, históricas y legendarias que conjura la imagen del hombre que va por los caminos hablando con los otros. El que lleva la verdad en su palabra, el que trae la esperanza en su palabra, la palabra que rompe el silencio, la palabra que alumbra la tiniebla, la palabra que aviva la conciencia, la palabra que llama a la acción redentora.

Pensamiento, palabra y obra: las tres grandes etapas de la creación poética y del quehacer político. La carrera vital de Luis Muñoz Marín las abarca todas, y a nosotros en ella.

Dicen los que saben que la potencia de los poetas radica en decir lo que a todos nos pasa, en saber hallar la palabra justa que nos revele nuestros sentimientos. Visto de este modo, las palabras en los caminos entre Muñoz Marín y su pueblo son un extraordi-

nario ejercicio poético a la vez que una hazaña de educación política.

Muñoz articula el callado anhelo colectivo haciendo palabra la emoción de su gente, y hace de la palabra un proyectil hacia el porvenir. "El (mundo) de la política" escribe en sus Memorias "capturé totalmente mi imaginación cuando lo asocié con la justicia y la creatividad, que son, después de todo, funciones de la poesía - de la poesía que no se escribe porque gasta toda su energía en vivirse." El poeta y el político en Luis Muñoz Marín conjugan su potencia en una aventura creadora en la cual participa todo un pueblo, que poetiza a su vez su gestión política.

¿Puede pensarse acto más poético, metáfora más acertada para representar la gesta de Muñoz y su pueblo que los llamados Mítines de la Soledad? Hermosa, sugestiva paradoja: Mítines de la Soledad. Por la montaña oscura, por la noche cerrada viajaba la palabra de Luis Muñoz Marín contenida en un disco a lomos de un caballo. Un amplificador la difundía en la noche. Nos cuenta Muñoz: "Tan pronto comenzaba los discursos, surgían de la tiniebla puntitos de luz, uno tras otro, señal de que los jíbaros encendían sus velas para que Seoane supiese que estaban escuchando. Parecía como si la tierra fuese el cielo lleno de pequeñas estrellas." Palabra en la noche; luz en la tiniebla; vínculo entrañable entre un hombre y su pueblo.

Así fue que prendió la imaginación de mis estudiantes. Cada cual podía, partiendo de la imagen del hombre, del camino y la palabra, soñar a Muñoz con atributos de apóstol, de misionero, de caballero andante, Quijote, Robin Hood, revolucionario, maestro. Y si no era exacta la caracterización, si quizás revelaba más del soñador que de lo soñado, lo primordial era que se habían rebasado los confines del papel y del barro, el gesto congelado de los próceres, y habíamos recobrado algo de la emoción que, transcurridos más de cuarenta años, mostraba todavía su vibrante poder de convocatoria.

Cuando tuvimos ocasión de leer las Memorias de Luis Muñoz Marín, pudimos comprobar que él se había percatado temprano de esa fuerza de la palabra justa. Nos dice, cuando alude a sus primeros años en la política: "La sabiduría del jíbaro se acurrucaba, dormida, muy próxima a su ignorancia. Me empecé a dar cuenta. Unas palabras claras, dichas con una buena fe transparente lo movían del no haberlo

pensado al haberlo sentido, del no saber al entender."

No pude menos que pensar entonces que algo de esta tarea que cubre de gloria al poeta y al político es la que intentamos diariamente, modestamente, en el salón de clases los maestros.

Cuando aquellos insaciables estudiantes me pidieron que les hablara de Muñoz Marín en mi recuerdo no vacilé en identificar dos rasgos para mí inolvidables y perpetuamente fascinantes: su vitalidad intelectual y su sensibilidad a los matices y contradicciones de la conducta humana.

Muñoz estaba siempre dispuesto a entrar en trato con nuevas ideas. Con la elasticidad de un atleta las lanzaba, las recogía, se ejercitaba en jugar con ellas, recreándose en su fuerza, en su movimiento, en la resistencia que le presentaban. Lo recuerdo llamando a mi padre para hacerle preguntas de historia y filosofía o para plantearle una teoría que le había venido a la cabeza en una de sus caminatas. Lo recuerdo en Roma trayendo a la vida ruinas y monumentos con la energía de su imaginación. Recuerdo su entusiasmo al conversar de literatura y el interés con que atendía las pedantescas disquisiciones de los que hacíamos gala de conocimientos recién adquiridos. Muñoz era extraordinariamente accesible a la juventud y a la inteligencia. Tuvo la generosidad de pensar que solían ir juntas y por ello acogía con ilusionado respeto a los jóvenes.

El otro rasgo inolvidable de Muñoz suele caracterizar a los intelectuales, pero a menudo falta en los hombres de acción. Me refiero a su sensibilidad para captar matices, ambigüedades y contradicciones presentes siempre en toda acción humana. Tal sensibilidad le permitió admitir la legitimidad de posiciones adversarias; el mérito personal o la justificación ideológica de sus contrincantes; las limitaciones de su propia hazaña. Cuando recuerda y deplora la muerte de Nemesio Canales menciona justamente esa conciencia crítica, ese sentido irónico que libera el espíritu de la intolerancia y el dogmatismo.

Mi amistad con Canales había influido mucho en la modalidad de mi pensamiento, en mi sentido crítico de las instituciones y las costumbres sociales, en el domar los potros cerreros de los prejuicios con los que uno crece sin saberlo y, posiblemente, en adquirir otros más sutiles y

mejor racionalizados. En los años de servicio a mi país lo he echado de menos; tantas veces! en mi tarea, para mí insatisfactoria y trunca, de añadir civilización al progreso económico tecnológico; de civilizar el progreso más allá de producirlo; de refinar en estilo de vida el progreso crudo.

Nadie como Muñoz en nuestra vida pública ha tenido conciencia de la necesidad de asegurar espacios para la disidencia, de rescatar y de respetar la libertad de expresión de las minorías. Estremece el recuerdo - y para muchos, el descubrimiento - de que en su discurso de toma de posesión como Gobernador del Estado Libre Asociado de Puerto Rico el 2 de enero de 1953, en el cenit de su poder y de su fuerza, Muñoz Marín decía: "Quien crea que debe serle leal a sus convicciones solamente, y no al derecho de los demás a tener otras, y del pueblo a establecer las que crea buenas, estará negando la validez de la democracia."

Decía al comenzar, casi en son de protesta, que Muñoz parece haberse convertido en parque, en calle, en edificio, en aeropuerto. Objeto a verlo convertido en piedra. Pero si ser parque significa mantener un espacio abierto en la ciudad a la naturaleza; si la calle representa el camino por donde corre la palabra y la idea; si el edificio alberga la justicia, el gobierno al servicio del pueblo, y el aeropuerto es la encrucijada donde fluye y refluye la cultura y la gente, pues entonces Muñoz debe estar ahí, en todos esos sitios que dan fe de su gesta.

San Juan, Puerto Rico  
18 de febrero de 1986

*Sí, deseo unirme a la obra que se realiza como Amigo de la Fundación Luis Muñoz Marín*

*Envío mi primera contribución anual:*

( ) Socio Regular ..... \$ 12.00 ( ) Socio Sostenedor \$ 25.00  
( ) Socio Auspiciador ... \$ 50.00 ( ) Socio Patrocinador \$ 100.00 o más

*Nombre .....*

*Dirección .....*

*.....*

## **JUNTA DE DIRECTORES**

Salvador E. Casellas  
Presidente

Ricardo Alegría  
Heriberto Alonso  
Jaime Benítez  
Reece Bothwell  
Hiram Cancio  
Roberto de Jesús Toro  
Miguel Angel García Méndez  
Víctor Gutiérrez Fulladosa  
Arturo Morales Carrión  
Teodoro Moscoso  
Rafael Muñoz Arjona  
Fernando Picó  
Guillermo Rodríguez Benítez  
José A. Trías Monge  
Efraín Vassallo

## **COMITE ASESOR**

Gustavo Agrait  
Jorge Bird  
Antonio J. Colorado  
Thomas Hughes  
Marta Casals de Istomin  
Julián Marías  
Rafael Picó  
Rubén Rodríguez Antongiorgi

## **DIRECTOR EJECUTIVO**

Luis E. Agrait

## **FUNDACION LUIS MUÑOZ MARIN, INC.**

Apartado 2367

Correo General, San Juan, Puerto Rico 00936

Tels.: 755 - 7979 / 761 - 7442 / 755 - 4506